

HOMILÍA EN LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE SAN LORENZO

1) La fiesta de la Natividad de la Bienaventurada Virgen María tiene un profundo arraigo entre nosotros. Bajo la advocación de Ntra. Sra. de San Lorenzo, es la patrona de nuestra ciudad. Es nuestra “Madre y Reina”. Compartimos la misma fiesta con Ntra. Sra. de Covadonga en Asturias, la Virgen de la Peña en Ciudad Rodrigo, Ntra. Sra. del Coro en San Sebastián, Ntra. Señora de la Cinta en Huelva, y al otro lado del Atlántico Ntra. Señora de la Caridad del Cobre, Patrona de Cuba, etc. La Virgen de San Lorenzo ha sido invocada como Patrona de Valladolid desde 1637; el año pasado celebramos el centenario de la coronación que tuvo lugar el día 21 de octubre de 1917. Saludo a todos, hermanos y cofrades, ciudadanos y autoridades, con afecto y respeto.

La amplia difusión de esta fiesta contrasta paradójicamente con el silencio del Nuevo Testamento sobre el nacimiento de la Virgen María. El que la Madre de la Palabra de Dios entre en silencio en la historia está en sintonía con la ocultación y la sencillez de Ntra. Señora. A diferencia del ritmo tan ruidoso de nuestra historia, hasta el punto de que hablamos con los demás sin escucharnos, de que acumulamos información sin profundizarla, de que la velocidad de la vida nos impide degustar la misma vida, la de

María es tranquila, sosegada y meditativa. ¡Qué bien nos vendría detenernos junto a María para aprender a vivir sin precipitaciones! María es la Virgen del silencio. Si nos derramamos exteriormente, no creceremos por dentro.

Al silencio de los evangelios canónicos han querido responder con divagaciones los evangelios apócrifos, sobre todo el llamado *Proto-evangelio de Santiago*, de finales del siglo II. A mediados del siglo V, después de los Concilios de Éfeso (431) y de Calcedonia (451), numerosas predicaciones de los Padres de la Iglesia hacen referencia ya a la fiesta de la Natividad de María.

San Andrés de Creta (660-740), nacido en Damasco y arzobispo de Creta, autor de unos *Sermones* sobre la Virgen escribió en el primero: “Convenía que esta fulgurante y sorprendente venida de Dios a los hombres fuera precedida de algún hecho que nos preparara a recibir con gozo el gran don de la salvación. Y éste es el significado de la fiesta que hoy celebramos, ya que el nacimiento de la Madre de Dios es el exordio de todo este cúmulo de bienes, exordio que hallará su término y cumplimiento en la unión del Verbo con la carne que le estaba destinada. El día de hoy nació la Virgen; es luego amamantada y se va desarrollando; y es preparada para ser la Madre de Dios, rey de todos los siglos”. Lo

antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado. La sombra se retira ante la llegada de la luz. La fiesta de hoy convierte en realidad lo que no era más que símbolo y figura. Comienza a desarrollarse el designio de Dios en su etapa culminante.

En Roma penetró la fiesta de la Natividad de la Virgen hacia mitad del siglo VII, junto con la de la Purificación, Anunciación y Asunción de María, por obra sobre todo de los monjes emigrados de los países de Oriente. Según la tradición sus padres fueron Joaquín y Ana; así se comprende cómo el templo levantado en Jerusalén para enaltecer el lugar del nacimiento de la Virgen llamado Santa María de la Natividad, cambiara de nombre por el de Santa Ana. El silencio, roto por las tradiciones, indica que María entra discretamente en la historia de la salvación, como hemos escuchado en el Evangelio (cf. Mt. 1, 1-18; Lc. 3, 23-37). La meditación creyente sobre el puesto de María en la historia de Jesús, el Mesías y Salvador del mundo, se ha ampliado en la piedad de los fieles. El amor a la Virgen, Madre del Hijo de Dios, ha dilatado el corazón de los discípulos de Jesús, ya que para la persona amante todo es significativo en la persona amada.

María, Madre y Reina de Valladolid, es nuestra patrona. A ella acudimos con la confianza de que intercede por nosotros, de que

escucha nuestras oraciones, de que nos acompaña en la vida con su amor, de que podemos recurrir a ella que es, según una invocación tradicional, “omnipotencia suplicante”; al lado de su Hijo con su poderosa intercesión nos protege y defiende, cuida de nosotros y nos toma de la mano, como una madre a su hijo pequeño.

La devoción a Ntra. Señora de San Lorenzo forma parte de nuestra historia como ciudad. La celebración de cada año nos une con nuestros antepasados, compartiendo de generación en generación el mismo legado cristiano, que anualmente debemos actualizar para que no se reduzca a un nombre vacío y a una tradición sin contenido. La devoción a la Virgen de San Lorenzo toca las fibras más profundas de nuestra persona, y reanima los valores de respeto y de paz, de justicia y de solidaridad. Como ciudad somos no sólo muchas viviendas cercanas sino también convivencia de ciudadanos que comparten una misma historia. El trabajo y la fiesta nos hermana.

2) Natividad significa nacimiento y comienzo; y también puede ser origen y fundamento de futuro. Los textos litúrgicos de esta fiesta dirigen nuestra mirada a contemplar a María en su nacimiento como primicia de un orden nuevo y puerta de salvación. He aquí

algunas referencias de la celebración. Pedimos a Dios que “cuantos hemos recibido las primicias de la salvación por la maternidad de la Virgen María, consigamos aumento de paz en la fiesta de su nacimiento”. “Dichosa eres, Santa Virgen María, y muy digna de alabanza: de ti ha salido el sol de justicia, Cristo nuestro Señor”. “Que se alegre tu Iglesia, Señor, en el nacimiento de la Virgen María, que fue para el mundo esperanza y aurora de salvación”. Cuando nació la Santísima Virgen, el mundo se iluminó. ¡Dichosa estirpe, raíz santa, bendito su fruto!”. María es la Madre de Jesucristo el autor de la vida y de la salvación.

Hay una concatenación de acciones de Dios que, por su fidelidad, no interrumpe: Amor, elección, predestinación, llamada, justificación y glorificación (cf. Rom. 8, 28-30). El itinerario de María está custodiado particularmente por la sombra bendita de Dios: Concebida sin pecado original, nacida con especial providencia, llamada a ser la Madre del Hijo del Altísimo, alumbramiento del “Dios-con-nosotros” en Belén, criadora y educadora de Jesús, discípula y seguidora hasta la cruz, asunta y coronada en el cielo. María entra en este itinerario también con su Natividad, que tiene su fuente y origen en el designio eterno y amoroso de Dios.

La fiesta de la Natividad de la Virgen nos invita a acudir a ella en todos nuestros comienzos, en la presentación de los recién nacidos a Ntra. Señora de San Lorenzo, en el inicio de nuevas etapas, en la postración de la que deseamos ser liberados. Buscamos una salida cuando experimentamos que el futuro es incierto y está oscurecido. Allí donde despunta la luz, está María abriendo un comienzo esperanzador. Cuando aparece una oportunidad de renovación, está María alentando un nuevo comienzo. Si mirando hacia atrás podemos quedar como petrificados en la añoranza estéril; mirando con María, Madre de todos los comienzos, hacia adelante se despierta en nosotros el ánimo y la decisión para trabajar por un mundo nuevo. ¡Que María en su Natividad encamine nuestra vida hacia un porvenir fecundo! ¡Siempre hay motivos para la esperanza a su lado y con ella! Por ello invocamos a María como “Madre de misericordia y esperanza nuestra”.

En estos días, en que celebramos la Natividad de la Virgen, Ntra. Sra. de San Lorenzo, comenzamos un nuevo curso escolar y académico, nuevas tareas pastorales, nuevo impulso social y político; pasamos del descanso estival al trabajo diario. En el gozne está nuestra fiesta patronal, en que por intercesión de la Virgen

rezamos: “Señor que tu gracia inspire, sostenga y acompañe nuestras obras, para que nuestro trabajo comience en ti, como en su fuente y tienda siempre a ti, como a su fin”.

3) Juan del Enzina, nacido en Salamanca el año 1469 y muerto en León en 1529, fue discípulo de Nebrija; vivió en Roma algún tiempo; recibió la ordenación sacerdotal en 1519, a los cincuenta años. De su *Cancionero*, publicado en Salamanca el año 1496, son los siguientes versos dirigidos a María. “¡Oh Madre de Dios y hombre! / ¡Oh concierto de concordia! / Tú que tienes por renombre / Madre de misericordia ;/ pues para quitar discordia/ tanto vales, / da remedio de nuestros males”.

Tres palabras de la misma raíz resaltan en esta oración, a saber, concordia, misericordia y discordia, que podemos traducirlas a nuestra situación personal, familiar y social.

Ante los brotes de discordia que pueden surgir dentro de las familias, en las relaciones sociales, en la comunidad cristiana y en la vida pública; e incluso en el interior de cada uno de nosotros ya que por una parte sentimos la llamada a lo excelente y, por otra, la atracción a lo decadente (cf. Rom. 7, 15-22), pues aprobamos el bien y el mal nos domina, en una lucha dramática que sólo con la

fuerza de Dios podemos vencer. ¿Cuáles son los motivos de nuestras discordias y rupturas?

Cuando padecemos la tentación de ceder a la división, acudamos a Ntra. Sra. de San Lorenzo, que es Madre de misericordia, para que por su intercesión recibamos un corazón compasivo capaz de percibir la verdad también en los otros, sin encerrarnos en el propio orgullo excluyente. No hay fraternidad sin justicia y sin amor, sin humildad y generosidad. En la situación actual del matrimonio y de la familia, pidamos la perseverancia del amor entre los esposos. ¡Las rupturas son fuente de sufrimiento! ¡Merece la pena luchar por la fidelidad! ¡La reconciliación es posible! ¡Se gana tanto con ella y se pierde tanto sin ella! ¡Que Sta. María nos dé acierto en la educación, de las nuevas generaciones, el discernimiento vocacional y la maduración para la vida con sus satisfacciones y sus pruebas! La próxima Asamblea del Sínodo de los Obispos, que tendrá lugar en Roma durante el mes de octubre, tratará estas cuestiones tan importantes.

Venceremos las formas diversas de discordia y con la fuerza de Dios alcanzaremos la concordia, que es fermento de convivencia, trabajo conjunto y unidad de esfuerzos para afrontar las tareas, a veces complicadas, ante las cuales estamos

emplazados. La concordia de los ciudadanos, suponiendo las legítimas diferencias, debe urgirnos en el servicio al bien común y al interés general. Para una vida humanamente fecunda, necesitamos activar los resortes interiores del amor verdadero y de la esperanza. La misericordia tiende a aunar; en cambio el rechazo altanero aísla a la persona encerrándola en su mundo, que es siempre pequeño.

Cuando los pobres y excluidos sean fraternalmente integrados en la vida social, es señal inequívoca de que edificamos una sociedad convivente y concorde a la medida de todo el hombre y de todos los hombres. ¿En quienes queremos vernos reflejados: En la imagen de dos personas enfangadas en el lodo y golpeándose mutuamente, como Goya pintó, o en la parábola evangélica del buen samaritano que se acercó a vendar las heridas y socorrer al tirado en la cuneta de la vida? (cf.Lc. 10, 29-37)

Invoquemos a María con las palabras citadas del poeta Juan del Enzina: “Pues para quitar discordia tanto vales, da remedio a nuestros males”.

Valladolid, a 8 de septiembre de 2018

+ Cardenal Ricardo Blázquez Pérez
Arzobispo de Valladolid

